



1. “Asalto” a las instituciones y democracia radical

No sin los movimientos

Yayo Herrero y Justa Montero

Una crisis compleja y no tan bien delimitada

Atravesamos una crisis que es mucho más que una crisis económica y financiera, es también una crisis social y ética. En el plano material, nos encontramos ante la traslimitación de la biocapacidad de la tierra y ante un cambio generalizado de las dinámicas y ciclos naturales de consecuencias potencialmente catastróficas. Las crisis de energía y materiales, el calentamiento global y la hecatombe de la biodiversidad se conectan entre sí y se realimentan.

En la base de todas estas crisis se encuentra la contradicción sistémica entre un modelo capitalista que necesita crecer permanentemente y un planeta con

límites físicos que se degrada y agota a causa de ese crecimiento catastrófico; un modelo que proclama la igualdad pero encubre profundas desigualdades entre las personas.

Podría pensarse que, al menos, el destrozó ecológico ha servido para que las mayorías humanas puedan llevar vidas buenas, pero los datos nos muestran que las desigualdades crecen entre las clases, los sexos, las etnias, los géneros. Hablamos de las diferencias entre el Norte Global y el Sur Global, pero también del creciente empobrecimiento que se está produciendo en las áreas del mundo que hasta hace poco eran consideradas como ricas.

El modelo de Estado de bienestar construido en Europa después de la Segunda Guerra Mundial ha quebrado. Este modelo, basado en el pacto keynesiano, fue una anomalía en la historia del capitalismo y funcionó gracias a la concatenación de una serie de fenómenos: la fuerza del movimiento obrero que consiguió arrancar parte de los beneficios de las empresas a cambio de renunciar a la propiedad de los medios de producción, y la disponibilidad de fuentes abundantes y baratas de energía fósil y materiales que permitieron hacer crecer la producción. La división sexual del trabajo permitía resolver la organización de la reproducción social y del trabajo de forma injusta. Y el Estado era el garante de este pacto global y velaba por su mantenimiento.

Este modelo ha quebrado. La ofensiva neoliberal que comienza en los años 80, la desmovilización y debilidad del movimiento sindical, así como la crisis material y ecológica han provocado la quiebra del sistema social previo. El sistema económico capitalista y patriarcal ya no se puede reproducir garantizando un mínimo bienestar, aunque sea a las minorías del Norte Global.

En el momento actual, en el Estado español hay varios millones de personas que se encuentran en situación de exclusión; los índices de paro son enormes; muchas personas que sí tienen empleo también son pobres ya que las propias condiciones laborales generan precariedad; y ante el progresivo deterioro de los servicios y sistemas de protección públicos, el Estado se desresponsabiliza de los trabajos de reproducción que pasan a las familias, convertidas en el amortiguador de la precariedad vital. La consecuencia es que se profundizan las desigualdades existentes, se extiende la precariedad y la exclusión y aumenta la carga de trabajo global de las mujeres debido al modelo de reparto de trabajo propio de las sociedades patriarcales. La conclusión es que el Estado del bienestar se ha desmoronado.

Esta situación ha provocado la pérdida de legitimidad del sistema democrático. Las instituciones se han puesto como nunca al servicio de los intereses de los mercados provocando una profunda involución que refuerza la dominación sobre la naturaleza, trata de naturalizar las desigualdades entre hombres y mujeres y focaliza la responsabilidad, no en el sistema y sus gestores, sino en las personas que individualmente no son “incluirables”.

“La conclusión es que el Estado del bienestar se ha desmoronado.”

Un nuevo ciclo de movilizaciones

En el Estado español, todo este proceso estuvo presidido por los efectos de la explosión de la burbuja inmobiliaria en 2007 que puso fin al sueño del crecimiento económico infinito basado en las deudas encadenadas. Después de un momento

de perplejidad colectiva inicial, surgieron diversos movimientos sociales que trataban de contestar el desconcierto y la indignación que las personas sentían. Recogían denuncias que muchos movimientos sociales anteriores venían haciendo, aunque con un carácter más aislado y minoritario. El movimiento del No a la Guerra, V de Vivienda, Juventud sin Futuro, las luchas contra las infraestructuras absurdas e innecesarias, las luchas feministas, el movimiento antinuclear, la lucha contra la represión... Eran movimientos que contenían ya muchas de las críticas que afloraron en el movimiento indignado.

Pero fue indudablemente el 15M el movimiento que renovó y rejuveneció las diversas expresiones y formas de hacer de los movimientos sociales, que fue capaz de articular la indignación recuperando la calle como espacio deliberativo y de acción social. Posteriormente, llegaron las mareas ciudadanas, el 25S, los “Rodea el Congreso”... En todo el Estado surgían movilizaciones que trataban de poner freno a la lógica neoliberal y privatizadora.

El 15M cristalizaba el malestar generalizado por los efectos de la crisis, por la corrupción y la podredumbre democrática. Se constituía así como un movimiento contrahegemónico capaz de establecer una vinculación entre la crisis económico-financiera y la crisis del sistema democrático. El “no nos representan” apuntaba a la necesidad de una política alternativa, a otras formas de hacer política, mostraba el hartazgo y falta de legitimidad de las instituciones y el modelo de partidos, y también lograba poner patas arriba la agenda política y colocar el protagonismo en una ciudadanía capaz de organizarse.

El 15M introdujo también cambios en las lógicas de los movimientos sociales anteriores que se cohesionaban por la afinidad ideológica y el acuerdo sobre cuestiones concretas. En el 15M la acción común era la que definía un “nosotros” abierto a cualquiera que lo desease donde no era tan importante el compartir una ideología determinada.

El resultado fue la incorporación de decenas de miles de jóvenes, y con ellas y ellos, la irrupción de nuevas culturas políticas. Esta forma de funcionar que incorporó una enorme frescura también presentaba algunos límites sobre todo a la hora de la acción. En la dinámica del consenso y del “cualquiera” es muy fácil el boicot o el bloqueo. El funcionamiento asambleario, que es óptimo para grupos homogéneos, es muy complicado cuando hay importantes diferencias. En estos casos se dificulta la toma de decisiones y el aterrizaje del debate político en práctica concreta. Las cuestiones que trabajan los movimientos ecologista y feminista encontraban importantes resistencias que se

fueron trabajando a lo largo del tiempo. Es lógico porque ambos movimientos trastocan algunas de las convicciones, creencias y valores que forman parte del marco cultural dominante y que han estado presentes, incluso dentro de algunos movimientos que se reclaman como emancipadores. No obstante, casi nadie duda de que el 15M ha sido lo más importante que ha pasado en el Estado español en las últimas décadas.

Sin embargo, después de varios años de movilización ininterrumpida, en los que se va profundizando la fractura social (agresiones al medio, recortes, nueva política sexual, profundización de la crisis de los cuidados, de viejas desigualdades y surgimiento de nuevas servidumbres), la urgencia de frenar las políticas privatizadoras y de austericidio es clara, y la dificultad de hacerlo, al menos a un ritmo adecuado al nivel de la agresión, se hace patente. Aunque se habían conseguido algunos logros (frenar algunos desahucios, desbaratar planes del Partido Popular contra el derecho al aborto, frenar privatizaciones de hospitales), buena parte de la sociedad se convencía de que solo por la vía de la movilización no se lograría frenar el desastre.

Podemos surge, en ese momento, como una expresión política de la indignación que pretendía disputar la hegemonía institucional del bipartidismo. El asalto a las instituciones se convirtió en una prioridad para una parte del movimiento y, fruto de esta convicción, han ido surgiendo diversas plataformas y candidaturas populares que concurren a las elecciones municipales y autonómicas. A su vez, los partidos políticos existentes se han visto obligados a repensar sus estrategias y el propio “marketing” de los votos. Estábamos ante lo que se llamó la “sacudida del tablero político”.

Así, a partir de la concurrencia a los diversos procesos electorales lo institucional adquiere un nuevo protagonismo. Siguen existiendo las mareas, la movilización contra las violencias machistas o las preocupaciones sobre el calentamiento global en casi todo el Estado, pero la tensión de la movilización en la calle ha disminuido.

A nuestro juicio, se ha producido un cierto reduccionismo del discurso inicial del 15M. Si entonces se hablaba de un cambio radical del sistema, ahora se centra en la cuestión de la corrupción y en la tensión entre ese 1%, nombrado como la “casta”, y ese 99% en el que parece no haber diferencias. Se han articulado discursos ambiguos que puedan conectar bien con grandes mayorías, pero que para nosotras dejan fuera importantes cuestiones estructurales que no se van a resolver simplemente porque llegue gente honesta a las instituciones.

¿Cabemos todas y todos en el 99%?

Habría que hacer una lectura crítica y matizada de quiénes y cómo se relacionan las personas que se autoincluyen en ese significativo del 99%. Porque nuestras sociedades se complejizan y, de la mano de la precarización de la vida, crecen los conflictos protagonizados por nuevos y viejos sujetos. Los intereses de esas mayorías que conforman el 99% no siempre son confluyentes y no

tenerlo en cuenta nos puede devolver a un universalismo totalizador que oculta la diversidad de sujetos y realidades y reduce sus necesidades a las del sujeto abstracto liberal (varón, blanco, europeo y heterosexual) que, desconectado de la materialidad de la naturaleza y de su propio cuerpo, y desgajado de las relaciones con otros y otras, ha hecho estragos a lo largo de la historia.

Sin duda el movimiento ecologista y el feminista se enfrentan a una mayor complejidad en su explicación de la crisis y de las propuestas que permitirían afrontarla. Conseguir mayorías sociales para disputar la hegemonía cultural del desarrollismo y el igualitarismo liberal requiere deconstruir y resignificar los conceptos de producción o trabajo, situar la importancia material y simbólica de las relaciones entre las personas y con la naturaleza, denunciar las tensiones estructurales que se esconden detrás de la organización patriarcal de la sociedad, demoler el mito de que es bueno que la economía crezca a costa de lo que sea.

Nos referimos a conceptos clave acuñados por el ecologismo, como sostenibilidad, o por el feminismo como igualdad o género, que han sido fagocitados e incorporados a la propia lógica discursiva liberal, dejándolos desprovistos del carácter crítico y subversivo que tenían en el origen.

La idea de progreso hoy se encuentra ligada a la del crecimiento económico y a la tecnología que puede posibilitarlo superando cualquier límite físico. Se ha interiorizado la confianza en un progreso lineal que enuncia que ese ser humano abstracto puede vivir emancipado de los límites físicos de la tierra, emancipado de las otras personas, como si no fuésemos interdependientes y pudiésemos vivir emancipados de nuestro propio cuerpo. Recuperar una noción de progreso que más bien consista en perseguir procesos de inclusión, igualdad y equidad ajustándonos a los límites físicos sería más acorde con el propósito de construir vidas decentes.

También se nos queda corto y desvirtuado el concepto de democracia, el lema “lo llaman democracia y no lo es” adquiere una dimensión más amplia y radical si lo extendemos al ámbito de lo privado, de lo íntimo, al mundo de las relaciones, si se respeta la soberanía sobre los cuerpos. Sin eso, difícilmente podremos vernos como sujetos. No hay democracia posible si no podemos vivir libres de violencia, o si existen construcciones normativas e impuestas sobre lo que nos constituye como personas.

Prescindir de lo que aportan el ecologismo o el feminismo, la falta de osadía en estos temas clave, la aceptación vacía de “lo políticamente correcto”, o posturas miopes sobre lo que es importante y lo que se “puede” relegar para otro momento hacen que se desperdicie un tiempo precioso para prepararnos como sociedades para vivir en coyunturas materiales y sociales que van a ser muy difíciles.

La importancia de los movimientos sociales

Los movimientos sociales reflejan voluntades colectivas para transformar la sociedad, visiones particulares de algunos antagonismos y conflictos sociales,

a los que tratan de dar expresión. Apuntan a las causas estructurales sobre las que se asienta el sistema y por tanto inscriben sus propuestas en un horizonte de transformación social profunda, con una agenda propia y autónoma.

Un análisis profundo de las causas estructurales de la crisis y cómo se pueden afrontar nos lleva directamente a un radical cambio en el modelo de producción, distribución y consumo que disminuya de forma significativa las emisiones de gases de efecto invernadero, la huella ecológica, el uso de agua o energía; a cuestionar la división sexual del trabajo y la organización social de los cuidados. De no ser así la crisis material y social seguirá haciéndose cada vez más profunda y el efecto rebote de la ilusión frustrada puede tener consecuencias peligrosas y acrecentar las dinámicas patriarcales y el racismo. No estamos hablando de política-ficción. Ya lo tenemos delante.

El problema es que el conflicto, si no se aborda, se agudiza: se agotan los recursos, se deterioran irreversiblemente los ciclos de la naturaleza que permiten la regeneración de lo vivo, se recrudece el patriarcado en todas sus manifestaciones, crece la homofobia y el racismo, al tiempo que se vulneran los derechos humanos y aumenta el drama de las y los migrantes y refugiados.

Y en este camino, si no se consiguen mayorías sociales que deseen y quieran estos cambios estructurales y estén dispuestos a defenderlos, puede que la propia gente incluida en el 99% rechace políticas encaminadas a reducir las desigualdades, a favorecer la inclusión o a mantener la base material natural que nos permita vivir.

El reto es claro: si los movimientos se convierten en autorreferenciales, pierden esa pelea por la mayoría social, pero si en la búsqueda de esa mayoría dan por supuesto y se acomodan a “lo posible”, o al horizonte de las instituciones (sean estas de ámbito local, nacional, estatal o internacional), pierden capacidad de transformación y se facilita que el sistema moldee sus reivindicaciones de cambio.

Y la conclusión es doble: no vamos a salir de la crisis sin conflicto y cambiar la sociedad requiere voces disruptivas para la resistencia y para la transformación, y la de los movimientos lo son; y para abrir líneas de fractura en el sistema también es preciso impulsar prácticas contrahegemónicas.

Se necesita decisión y valentía para defender derechos universales que contemplan la singularidad, para ir apuntalando alternativas que, aunque pueden ser difíciles de generalizar, iluminan otros caminos que muestran que es posible construir otra sociedad y relacionarnos de otra manera. Algunos ejemplos son los mercados sociales, las cooperativas de energías renovables, las formas no hegemónicas de organizar la vida en común, de vivir la maternidad y las identidades, de organizar el trabajo de cuidados, las finanzas éticas, los medios de comunicación críticos y tantas cosas más que mucha gente está construyendo.

Realizar cambios significativos que apuesten por construir economías justas y capaces de reproducirse en el tiempo y un marco de relaciones que elimi-

“ El “no nos representan” apuntaba a la necesidad de una política alternativa”

nen las desigualdades requiere confrontar con el poder económico y político y con el poder patriarcal, pero también con los imaginarios y la cultura hegemónica del 99%. Sin personas articuladas y conscientes fuera de las instituciones que presionen, exijan que se rindan cuantas y empujen los

cambios porque los desean y los entienden será difícil torcer el brazo de aquellos a los que les importan bastante poco el sufrimiento y la pobreza y realizar transformaciones que, de verdad, resuelvan los grandes problemas de nuestro tiempo.

Los relatos de muchas de las personas amigas que han llegado a gobernar en los recientes procesos municipales nos impelen a fortalecer los movimientos sociales. Son estas personas las primeras que señalan las inercias y límites de la institución y defienden la necesidad del cambio desde la construcción de mayorías sociales que presionen, exijan y reconstruyan.

El 15M también marcó el tipo de relación con instituciones al abrir nuevas formas de participación y cuestionar la legitimidad de las mismas por estar al servicio de los mercados. El “no nos representan” tiene un sentido más profundo que la mera crítica. Supone una ruptura con la lógica “tú votas, eliges, delegas y te representan”. Al señalar que la representatividad no es delegada sino que nos representan por lo que hacen, se establece una relación distinta entre la calle y la institución.

Nos parece importante la disputa de una nueva “institucionalidad”. Obviamente no existe una institución neutra. En las actuales, la lógica que prima es la neoliberal. El Estado y sus instituciones han sido fundamentales en la extensión de la lógica de los mercados; son las que han fijado políticas neoliberales agresivas, las que posibilitaron el pelotazo urbanístico y la construcción de infraestructuras innecesarias, las ejecutoras de la contrarreforma global impulsada por los partidos del bipartidismo. Nosotras apostamos por la creación de otra institucionalidad al servicio de las personas, centrada y participada por ellas.

En la construcción de las nuevas institucionalidades, la relación con los movimientos sociales es un tema controvertido y que no se puede orillar. Es obvio que puede haber problemas, como los hubo en el pasado, de cooptación y de vaciamiento de los movimientos que es preciso no perder de vista.

La experiencia nos demuestra que las instituciones tienen también los límites que se pongan ellas mismas en función de la decisión y claridad de su gobierno, de la hegemonía social y de la relación con las movilizaciones.

La fuerza de la gente organizada en la calle debe ser una preocupación para las nuevas instituciones que necesitan esas bases sociales independientes para evitar ser abducidas por el agujero negro de la burocracia institucional y porque los conflictos que surgen de las relaciones de poder y de la relación expoliadora con la naturaleza no se resuelven, solo, con una mejor gestión que, en cualquier caso, es imprescindible.

Pero la participación no empieza en la relación con las instituciones, es participación para definir, en el campo de lo social, lo que nos es común, lo que necesitamos para resolver las necesidades individuales y colectivas y los problemas de la vida en común y para eso tiene que haber sociedad organizada, donde los movimientos tienen un papel fundamental.

Lo que plantean el feminismo y el ecologismo afecta al contenido mismo de la vida en común, tiene que ver con la organización de la vida, con su sostenibilidad, con cómo nos relacionamos y sobre qué valores, sobre los lazos comunitarios que el liberalismo pretende destruir.

Una vida segura para las personas

A lo largo de la historia, las sociedades se han organizado cooperando para reducir la incertidumbre y crear seguridad. La seguridad es más bien la posibilidad de construir procesos que garanticen la cobertura de un suelo mínimo de necesidades para todas las personas y en condiciones de equidad.

Llamamos seguridad a la posibilidad de vivir vidas en las que se satisfagan las necesidades de subsistencia, de protección, de afecto y entendimiento, de ocio y creación, de libertad, donde vivamos libres de violencia, de precariedad, a poder respirar o comer sin miedo a enfermar, a vivir en el territorio que amamos.

Pero la sociedad neoliberal llama seguridad a cosas muy distintas: a atrincherar los privilegios de algunos a costa de reprimir, asesinar, empobrecer someter y aterrorizar a amplios sectores sociales. Por eso la salida neoliberal a la crisis requiere de la violencia institucional, políticas represivas que acompañan a procesos de criminalización de la protesta (“Ley Mordaza”), de mensajes que inculcan el miedo y, el odio a la o el diferente, a la incertidumbre.

Queremos construir una sociedad segura para todas y todos; en ese recorrido, el feminismo y el ecologismo no eluden la disputa, no obvian el conflicto, no esconden el debate, y creemos en la potencia de sus propuestas y prácticas, de cara a subvertir, trastocar y remover los cimientos de la sociedad capitalista, patriarcal, biocida, racista y colonial.

En ese camino vamos a estar tratando de ampliar esas mayorías que quieren avanzar hacia horizontes emancipadores.

Yayo Herrero es antropóloga e ingeniera técnica agrícola y miembro de Ecologistas en Acción y **Justa Montero** es experta en género y políticas públicas. Forma parte de la Asamblea Feminista de Madrid. Miembro del Consejo Asesor de Viento Sur.